



#### REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

#### ÉPOCA II.—NÚM. VII.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 14 de Agosto de 1875.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

#### SUMARIO.

El amor materno, por D. José Rodríguez Cano.—  
¡Solo un Dios y solo un culto! novela de costumbres, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—  
Á María Inmaculada, poesía, por id.—El palacio de Montsabrey, novela —Seccion infantil, por D.<sup>a</sup> Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades

#### EL AMOR MATERNO.

Sabido es que por la legislacion pagana la mujer era considerada como una *cosa*, y era respecto de su marido una hija de familia y como la primera sierva de su casa. En Oriente, cuna del sol, aparece la nueva, pero fecunda idea del cristianismo, que habia de venir á rehabilitar á la mujer en los derechos que naturalmente le correspondian, y á elevar su dignidad ante el *tipo de María*.

La Sacra Familia es el magnífico modelo de la nueva sociedad conyugal: el padre no tiene ya aquella exhuberancia de derechos; la patria potestad no está ya consti-

tuida por los vínculos de la fuerza, sino por los de la sangre y por los del amor. La esposa es llamada compañera de su marido; le promete ante el altar guardar fidelidad y amor, y auxiliarle en las adversidades de la vida; y el hijo recobra su personalidad, no pudiéndose ya vender, matar ni empeñar, como si fuera un ser irracional, sino que es mirado con cariño y educado por sus padres.

Á los ojos de cualquiera que observe nuestro epígrafe, se descubre desde luego que no nos proponemos en este artículo traer á colacion lo muchísimo que influyó el cristianismo en la perfeccion de la familia, sino que solamente debemos contraernos, á fin de llenar nuestro propósito, á presentar á nuestros lectores toda la ternura, todo el amor, todo el cariño, toda la solicitud que encierra el corazon de una madre.

Algunos creen á la mujer de una extrema inferioridad intelectual respecto al hombre, y por lo mismo quisieran reducirla al cumplimiento de los deberes domésticos; sin embargo, si fuera cierto que el hombre



le superase en inteligencia, no lo sería menos que ella le superaría en sensibilidad; y si la mujer, tanto por su organización cuanto por sus facultades tiene señalado por Dios otro destino que el hombre, no disfrutando de los mismos derechos ni de las mismas prerogativas que este, tiene, sin embargo, confiado á sus manos el ministerio más importante de la sociedad; aquel que deposita los primeros gérmenes morales, de que resultarán más tarde las acciones y las obras de la vida: este ministerio es el de la maternidad.

Imposible se le hace á mi débil pluma describir con sus verdaderos rasgos hasta dónde alcanza el cariño de una madre: yo comprendo este sentimiento, lo concibo, pero mi imaginación es impotente para pintarlo: este sentimiento se encuentra grabado en todos los corazones; todos llegan fácilmente á penetrarlo; pero al pretender manifestar el amor, la ternura, el cariño que encierra el corazón de una madre para con sus hijos; las lágrimas, los trabajos, los afanes, los desvelos que están prontas á prestar para su bien, y los morales consejos que tan cariñosamente nos dan, inclinando así nuestro espíritu hacia el buen camino y dirigiendo rectamente nuestras acciones, no se encuentran palabras á propósito para expresar todo su verdadero sentido y sus benéficas influencias.

Desde el momento en que la mujer es madre aprende por la revelación del amor, ideas y ciencias que antes ignoraba. Inclínase sobre la cuna, suspensa de sus labios, oyendo los más pequeños latidos del corazón de su hijo, y mirándose siempre en sus infantiles ojos, sabe que su vida es una cadena interminable de vidas, y se reduce con afán á cuidar á sus hijos, despreciando todo lo que antes la halagaba.

¿Qué sería de nosotros al tiempo de nacer, si no fuera por los cuidados y desvelos de nuestra madre? ¿Quién no cree en su santo cariño al verla pasar largas veladas meciedo nuestra cuna con sus ojos fijos en los nuestros, arrobada en nuestra infantil sonrisa, y elevando sus manos al cielo para pedir que nos haga venturosos y felices?

La madre sabe por instinto la química de los alimentos más saludables á su hijo; la higiene de los preservativos para conservar su frágil y delicada salud; el arte de las canciones que han de halagar su oído; la teología necesaria para abrir en su corazón el amor á Dios; la historia para des-

componerla en cuentos, y así distraer la atención de su hijo; la elocuencia para persuadir con mágico encanto la naciente voluntad al bien; la moral para perfumar desde el borde mismo de la cuna, con los purísimos aromas de la virtud, la vida entera, y por último, el conocimiento profundo de la sociedad para saber dónde están los escollos, dónde los precipicios, dónde los errores, y aconsejar á sus hijos que huyan siempre de los abismos del vicio.

Una madre es todo, cariño, solicitud y ternura, es la personificación de ese amor poético con que nos arrulla en la cuna, al que nosotros correspondemos con nuestras gracias infantiles; todo en ellas es ternura, porque Dios las ha dotado de un alma ardiente y apasionada, de una adhesión viva al hijo de sus entrañas; el cariño á su hijo es su alma, constituye la esencia de su ser, de su vida entera; el amor alimenta sus recuerdos, encanta su presente, sonríe á su porvenir; una madre llega á odiar fácilmente á las personas que no se sonríen de las gracias de sus hijos, y por el contrario aprecia á las que demuestran cariño hacia ellos, porque en su inmenso amor, sus sonrisas le embelesan, su llanto no le desagrade y le parece más grato que la más dulce melodía; todo en ellos es bello, halagüeño, gracioso, y no les encuentra defecto ninguno; por último, ¿defendería una madre á su hijo si alguien tratase de arrebatárselo? Le defendería con la misma furia que el águila defiende el nido de sus polluelos, y la leona la madriguera de sus cachorros.

Ha dicho un gran pensador *que es el corazón de los niños cual blanda cera que recibe dulcemente las impresiones que se le hacen*; la madre sabe que esto es cierto; se apodera del corazón de su hijo, y después de examinar sus sentimientos, móviles é inclinaciones, trata de dirigir rectamente todos sus actos, y merced á sus sabios y cariñosos consejos, logra inclinar su ánimo hacia el bien y la virtud por el más recto camino.

La madre, al apoderarse de nuestra alma, la infiltra de las sublimes máximas de la moral, haciéndonos virtuosos; delante de ella al dirigir nuestro entendimiento, se presenta un mundo religioso, filosófico y moral, y nos introduce en él como en un templo santo, en el cual el alma se reconoce á sí misma, plantando en ella nuestras ideas religiosas, que es el resumen de toda la ciencia de una madre de familia.



Solo la mirada tierna y cariñosa de una madre puede penetrar en los secretos y afecciones de nuestro corazon; solo ella nos consuela y sostiene contra el descontento paterno; solo ella conoce nuestra vocacion y nuestras inclinaciones. y es á la única que acudimos en nuestras adversidades, en demanda de ese bálsamo con que Dios la ha dotado, y que ella, conocedora de nuestro carácter, sabe derramar con acierto y tino, logrando cicatrizar las continuas heridas que recibimos en nuestras horas de infortunio y en nuestras luchas agitadas.

JOSÉ RODRIGUEZ CANO.

## ¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

D. Martin volvió á su casa más triste y más desconsolado que antes.

Sus dudas no se habian desvanecido, sus sospechas no se habian amortiguado.

Sin embargo, nada podia hacer; mil obstáculos se lo impedian.

Resolvió, pues, esperar y seguir los sabios consejos del padre Alvarado, dedicando todo su amor á Elena y confundiendo en ella todos los afectos de su corazon.

Al poner el pié en su morada y cuando alargaba su brazo para tocar al llamador, una mano se posó en su hombro y una voz fresca y juvenil murmuró alegremente estas palabras:

—Hola, padrino! ¿De dónde viene V. tan preocupado y tan pensativo?

—¡Ah! ¿Eres tú, Carlos?

—Sí, yo; pero veo que le sorprende á V. mi venida.

—De ningun modo; pero es que... no recordaba...

—¡Cómo! ¿no recordaba V. que hoy es primero de mes, y que acostumbro en tal dia á abandonar el colegio y á venir á comer con V.?

—Sí, hijo mio, tienes razon, y me alegro...

—Pero ¿qué tiene V.? le veo pálido y desmejorado.

—¡Yo...!

—Sí; hasta parece que ha envejecido desde que no le veo.

—Es que... es que he estado un poco enfermo en este tiempo.

—Y yo sin saber...

—Bah! esto no ha sido nada: pero vamos arriba, no te detengas; apuesto á que la buena Águeda ha tenido mejor memoria que yo.

Y sin aguardar respuesta, llamó con fuerza y subió las escaleras seguido de Carlos, que no cesaba de hacerle preguntas.

Elena, que habia oido su voz, salió con precipitacion para recibirle, como siempre, entre afectuosas caricias, pero al ver que no venia solo, se detuvo ruborosa y la palabra quedó suspendida en sus encendidos labios.

Carlos, por su parte, fijó en ella una mirada llena de asombro y curiosidad, y saludó á la niña que con su traje de luto y su expresion angelical y dulce inspiraba desde luego interés y cariño al par.

—No te vayas, Elena, dijo D. Martin notando un movimiento de su nieta, no te vayas, este jóven será tu amigo, porque es casi mi hijo, y debes tratarle con confianza desde hoy. En cuanto á tí, Carlos, mírala como una hermana, puesto que es mi hija tambien.

Carlos hizo un ademan de asentimiento, y la huérfana le dirigió una dulce sonrisa, mientras con su curiosidad infantil observaba á Carlos atentamente.

Este, que apenas contaria 16 años, era gallardo y de una figura hermosa y llena de distincion y gracia.

Hijo del general D. Pedro de Medina, muerto en el campo de batalla, sin grandes riquezas ni familia alguna, aquel niño habia llegado á Madrid dos años hacia, á ponerse bajo la proteccion del señor de Castro, amigo y casi hermano de su padre.

El general, antes de morir, habia tenido tiempo de escribir una carta á D. Martin suplicándole que velase por Carlos, de quien habia sido padrino en la pila bautismal, y cuya tutela le confiaba.

El anciano recibio á su ahijado con un cariño indecible, derramó una ardiente lágrima al leer la carta de su muerto amigo, y besando con respeto la firma del valiente y honrado militar, juró ser en adelante un segundo padre para Carlos.

Como los bienes del niño eran escasos, resolvió ponerle en un colegio donde en poco tiempo concluyese la carrera de ingeniero militar, á la cual habia deseado su padre que se dedicase.

Una vez allí, Carlos hizo rápidos progresos que le captaron desde luego la benevolencia y el cariño de sus directores.

D. Martin veia con gozo sus adelantos, é iba muy á menudo á visitarle, trayéndole á comer invariablemente á su casa todos los primeros dias de mes.

En los dos años que Carlos estaba á su cargo, era la vez primera que el anciano habia



olvidado esta costumbre tan grata para ambos, y por eso el joven venia á reclamar tan alegremente el sitio en el hogar y el cubierto en la mesa que su amado padrino tenia la costumbre de ofrecerle.

La presencia de Elena en aquella casa le dejó sorprendido, pues nunca habia encontrado en ella otras personas que el anciano y sus criados, entre los cuales y en la categoría de ama de llaves se encontraba Agueda.

Bien pronto, sin embargo, aquellos niños tan hermosos, tan simpáticos y tan desgraciados, se miraron como dos hermanos y se amaron con un cariño tan puro y tan inocente, como el que los unos á los otros se profesan los ángeles en el cielo.

Ante la precoz inteligencia y el tranquilo carácter de Elena desaparecia la corta diferencia que entre sus edades existia, y se avenian tan bien en sus gustos, en sus inclinaciones y en sus deseos, que cualquiera al mirarlos no hubiese puesto un momento en duda que habian pasado la existencia juntos.

D. Martin veia con gozo la buena armonia que reinaba en aquellas almas, pues su familia toda y todos los afectos de su corazon estaban concentrados en aquellos dos niños.

Elena, dulce, amable, buena, era el ángel que embellecia aquella casa, era el rayo de luz que todo lo alumbraba en torno, y no es extraño que Carlos, desde el dia que la conoció hallase más grata y más alegre la casa de su padrino.

Así, pues, y sin saber cómo, sus visitas se repitieron con más frecuencia, y en vez de ir un dia al mes al lado de su tutor, esperaba con ansia que llegase el domingo para ir á pasarle á su lado todas las semanas.

Elena tambien aguardaba ese dia con afán, quedando recompensada en él de sus largas horas de aplicacion y trabajo y de la uniformidad y monotonia con que pasaba el resto de su tiempo.

Entre estas dos flores que crecian al dulce calor de su ternura, D. Martin se rejuvenecia y parecia olvidar todos los dolores y las decepciones que hasta allí habian amargado su vida.

Algun tiempo pasó de este modo. Carlos empezó á notar que Elena era muy hermosa.

Elena solo veia que Carlos era muy bueno, y si él comenzó á experimentar algo de inquietud, algo de afán en aquel afecto, ella en cambio no perdió un átomo de la dulce paz de la niñez al prodigarle, con su cariño, el santo título de hermano. *(Se continuará.)*

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## À MARÍA INMACULADA.

Señor, Dios uno y trino; omnipotente,  
increado, infinito, augusto y santo;  
Tú, Tú que puedes tanto,  
¡Sol de la eternidad! llena mi mente,  
que á tu Madre en mi amor alzo mi canto.

Á tu Madre, Señor, por Ti creada  
con un suspiro de tu labio solo;  
con tu aliento formada,  
á quien hoy la creacion de polo á polo  
aclama sin cesar ¡INMACULADA!

Á tu Madre, Señor, á cuyo nombre  
la tempestad airada se serena;  
el mar su furia enfrena,  
y al par que inunda el corazon del hombre,  
cielos y mundos con su gloria llena.

Á tu Madre, Señor, del orbe faro:  
aurora eterna de tu eterno dia;  
á la Virgen María,  
de cuyo amor purísimo me amparo,  
porque al par que tu Madre, es Madre mia.

¡Que es tanta y tanta su inmortal belleza,  
que de uno á otro magnífico hemisferio  
radiante de grandeza,  
el celestial querub canta el misterio  
de su divino ser y su pureza!

Y ángeles, hombres, esos que á millares  
átomos pueblan la extension vacia,  
y el seno de los mares,  
desde el Oriente, la region del dia,  
á los extensos círculos polares,

Todos la invocan en su fe cristiana  
casta y sin culpa, INMACULADA y pura;  
del cielo flor galana;  
de la mano de un Dios perfecta hechura,  
y de su inmenso amor la soberana.

Y así la llama el áura entre las flores,  
al agitar, con armonía ignota,  
sus tallos tembladores,  
y la bendice el viento en sus rumores,  
cuando en las brumas de los mares flota.

Y así la llama el ruiseñor doliente,  
cuando en la virgen selva solitaria,  
con su canto inocente,  
al rayo de la luna transparente  
modula en cada nota una plegaria.



Y así, imponente, rápido, perdido  
de la tormenta en el revuelto seno,  
en su ronco gemido,  
la aclama el huracán embravecido  
cuando al soplo de Dios se agita el trueno.

Y sujeto á sus piés, el rayo ardiente,  
que entre la nube errante centellea,  
con su luz esplendente,  
baña un instante su divina frente  
y exclama al estallar: «¡Bendita sea!»

Bendita, porque es fuente de la vida!  
¡Bendita sea, del empíreo gala!  
Ella sola, escogida,  
¡de Dios en los arcanos concebida,  
casi á Dios mismo en plenitud iguala!

Que Ella es luz de su espíritu sagrado,  
Ella á su diestra celestial se asienta;  
¡de toda mancha exenta,  
es amor de su amor ilimitado,  
y de su gloria los quilates cuenta!

¡Y es sol de sus inmensas creaciones,  
luz de los cielos, de la tierra escudo!  
¡y no tiene á sus piés más perfecciones,  
porque Dios, con ser Dios, darla no pudo  
más poder, más grandeza ni más dones!

¡Oh! quién cual Ella! quién como María,  
de la inmortal Salem sagrada palma!  
¡luz que mis pasos guía!  
¡quién como Tú, divina Madre mía,  
aspiración eterna de mi alma!

¡Aliento de mi ser! tu nombre escrito  
llevo en el corazón y en la memoria  
purísimo, infinito;  
y, sin la luz de tu esplendor bendito,  
sin Tí, en mi eternidad no hubiera gloria!

¡Madre, Madre del alma! yo te veo,  
yo te siento en las lágrimas que lloro  
cuando en mí fe te imploro!  
¡yo espero en Tí, y en tu clemencia creo!  
¡creo y espero en Tí, porque te adoro!

¡Y Tú me salvarás! que Tú mantienes  
de tu piedad el universo lleno;  
Tú al humilde sostienes,  
y por altar y santuario tienes  
de la Suprema Trinidad el seno!

Sí, Tú me salvarás, porque no en vano  
Virgen y Madre al par, Reina y Señora,  
tu nombre soberano,

mil veces y otras mil, á cada hora  
brotó en mi ardiente corazón cristiano.

Y él será mi sosten, será mi guía  
cuando abandone al espirar el suelo:  
y en premio á tanto amor, Virgen María,  
¡por él solo ante mí se abrirá el cielo,  
que aun allí he de cantarte, Madre mía!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## EL PALACIO DE MONTSABREY.

### CONTINUACION.

—Amigo mío, dijo al fin, (permitidme que os llame así, aunque os hablo hoy por la primera vez); confiemos en que el cielo bendecirá vuestra empresa y la de vuestro hermano; esperemos en Dios que envía el rocío á las plantas, el perfume á las flores y la savia á las ramas.

—Sí, hijo mío, contestó el anciano, espere-  
mos en Dios, porque digan lo que quieran los  
sabios, la ciencia no hace milagros.

Largo rato permanecieron conversando en la  
chimenea, y Federico preguntó al doctor cómo  
había ido á parar á San Mauricio.

—Es una cosa muy sencilla, le respondió,  
y puede referirse en dos palabras. Pasé mi ju-  
ventud en París: á fuerza de trabajo y de per-  
severancia me hice lugar: mis aduladores, que  
eran dos ó tres, me prometían nombradía y  
riquezas, cuando de repente experimenté uno  
de esos reveses que hieren y consumen como  
el fuego del cielo. Necesitaba algunos días de  
silencio y de soledad, y marché á refugiarme  
al lado de mi hermano, que impulsado por  
una vocación fervorosa había abrazado el esta-  
do eclesiástico, y obtenido hacia diez y ocho  
meses el curato de San Mauricio. Ya conocéis  
á mi hermano, pero no podeis saber cuántos  
tesoros se encierran bajo su modesto exterior;  
tiene el candor de un niño, unido á la abnega-  
ción de un apóstol. La serenidad de su alma  
evangélica debía comunicarse insensiblemente  
á mi corazón. Al escucharle sentí renacer  
en mí las creencias y la fe de mis juveniles  
años; al verle obrar, comprendí que pueden  
encontrarse las virtudes más elevadas en las  
condiciones más humildes. No [podré deciros  
cómo pasó eso, pero sí que tuve lástima del  
mundo, de sus combates, de sus alegrías y de  
sus dolores. Mi hermano se había dedicado en-  
teramente á la dirección del rebaño que le es-  
taba confiado, y su única ambición era el per-  
manecer olvidado en su curato, el más pobre  
de toda la diócesis; resolví completar su obra



asociándome á él. No tenían médico en este distrito, y desde San Mauricio á la ciudad más cercana hay seis leguas largas, y durante el invierno los caminos se ponen intransitables. Agregad á eso que en las poblaciones rurales no acostumbran á llamar al médico hasta el último extremo, de modo que cuando se presenta, la muerte, que le ha tomado la delantera, se halla ya á la cabecera del enfermo. Mi patrimonio, unido á lo poco que yo habia podido acumular, me permitia el vivir aquí tranquilo; compré esta casita, en donde he envejecido dulcemente lejos del mundo, que no merece un pesar. Ayudo á mi hermano, hago un poco de bien, y tengo la esperanza de que mi vida no será completamente inútil.

Por un movimiento de viva simpatía, Federico estrechó la mano al doctor con el mayor respeto.

La noche estaba ya muy avanzada: el doctor sacó el reloj y se levantó aceleradamente para dirigirse al palacio; Federico le acompañó hasta la puerta y se volvió lentamente á San Mauricio, pensando en la suerte de Lucila.

#### IV.

Sucedíanse los dias unos á otros, y Federico no partia. ¿Qué podía hacer por la señorita de Montsabrey? Toda su voluntad debia estrellarse contra un poder desconocido, y sin embargo permanecía. Sin tener que desempeñar ningún papel en el desenlace de aquel destino, no queria abandonar el país, pues deseaba asistir á la solucion de aquel enigma. El doctor y su hermano no salian ya del palacio; rumores siniestros circulaban por la aldea, y en el *Águila de Oro* no se trataba más que de Lucila; los aldeanos la profesaban una especie de veneracion supersticiosa. Lo que les preocupaba no era solo su juventud, su hermosura y sus padecimientos, sino la naturaleza misteriosa de su dolor. Mirábanla como un ser predestinado en comunicacion directa con Dios; su muerte hubiera sido reputada como una calamidad para la aldea, y su curacion como una felicidad pública. Veian, en lo que la ciencia llamaba letargo de su razon, una inteligencia superior, más viva, y aunque muda, más previsor; opinaban que Lucila no era de este mundo, y que el dia en que se desatase su lengua, seria, no la hermana, sino la reina de todos los que tenían expedito el uso de la palabra largo tiempo hacia. Así todo se volvía sombrío en derredor de nuestro héroe; aquella aldea, en donde habia entrado con tan buenas disposiciones, en donde habia vivido tan alegre y en la que

todo parecia sonreírle, se cubria de un velo fúnebre. La lluvia entristecía el paisaje; los cuervos bajaban á la llanura; el cierzo se llevaba las últimas hojas de los árboles; en fin, la muerte se cernia sobre la colina, y la sombra de sus alas se extendia por encima del valle. Y sin embargo, Federico no partia; ya no habia sol, ni júbilo, ni fiestas, y no obstante no trataba de dejar á San Mauricio.

Una noche se hallaba sentado en la chimenea con la dueña de la posada, sus dos hijas y algunos de los principales vecinos de la aldea, y la actitud y la fisonomía de todos los personajes denotaban que no habian ido allí para apurar botellas; en todos los semblantes se advertia una profunda tristeza. La campana de la iglesia habia tocado todo el dia á la agonía, y por la tarde se habia visto pasar al cura con el Santo Viático en direccion al palacio de Montsabrey. Abismado en sus reflexiones, Federico revolvia maquinalmente la lumbre del hogar con uno de los largos tubos de hierro que en los pueblos de la Marche sirven á un mismo tiempo de tenazas y de fuelle. Prestaba muy poca atencion á las conversaciones que tenían á su lado, y meditaba silenciosamente en el extraño destino que quizá en aquel instante desenlazaba la muerte. De repente se oyó el galope de dos caballos que se detuvieron á la puerta del *Águila de Oro*, y casi al mismo tiempo se vió entrar á un criado con la librea del palacio. Fiel á los hábitos de reserva y discrecion, que durante diez años habian contraído todos los criados de la señora de Montsabrey, este no contestó á la multitud de preguntas que le dirigian.

—¿El señor Federico Lambert? preguntó con voz breve.

—Yo soy, dijo el jóven pintor levantándose.

El mensajero sacó de su bolsillo un papel sin sobre y se le entregó á Federico, que leyó estas palabras escritas á la ligera y con mano temblorosa:

«Lucila ya no existe; venid á hacer su retrato: os lo suplica su madre.

»El doctor Vicente.»

Federico subió á su cuarto, tomó su cartera y bajó precipitadamente: los dos caballos esperaban á la puerta: montó en uno de ellos y partió.

La noche estaba oscura, sin luna y sin estrellas; despues de una hora de carrera, los caballos se detuvieron al pié del palacio. Cuando Federico atravesó el umbral, reinaba en el patio la mayor confusion. Los criados, cual sombras vagarosas, iban, volvian y se cruza-



ban en todas direcciones. Una silla de posta con cuatro caballos y los postillones montados se hallaba pronta á partir. Un extranjero de fisonomía grave y triste conversaba con el doctor: era el cuñado de la señora de Montsabrey, que habia llegado hacia pocas horas.

—Aprovechaos de sudeshmayo, decia el doctor, y lleváosla sin tardanza antes de que recobre el sentido. Si ve muerta á su hija no respondo de su vida.

Algunos momentos despues, el caballero de Montsabrey colocaba en los almohadones de la silla de posta á su cuñada desmayada; se sentó á su lado y el carruaje marchó al galope.

Abrumado con tantas emociones, el doctor se apoyó en el brazo de Federico, subió con él la escalera y le introdujo en el cuarto de Lucila, en donde acababa de dormirse con el último sueño.

—Mi tarea está concluida, le dijo, ahora comienza la vuestra. Y despues de dirigir una mirada desconsoladora sobre la jóven que no habia podido salvar, se retiró con paso lento.

La habitacion solo estaba iluminada por dos velas que ardian junto á la cabecera, al lado de un crucifijo y una pililla de agua bendita, en la que habia un ramito de boj. El cura, arrodillado en el hueco de una ventana, rezaba en voz baja el oficio de difuntos. La jóven se hallaba tendida en su lecho, vestida de blanco y con una guirnalda de rosas blancas en la cabeza, mucho más hermosa que lo que estaba cuando vivia. La muerte habia impreso en sus inmóviles labios una sonrisa angelical, y hubiérase dicho que al volar su alma habia dejado en aquel rostro pálido un reflejo divino.

Federico sintió oprimírsele el corazon con inexplicable angustia: se arrodilló y oró. Luego tomó su cartera y se preparó á cumplir el deseo de la señora de Montsabrey; mas apenas habia llegado á la mitad de su trabajo, se vió precisado á suspenderle; el lapicero temblaba entre sus dedos, y un sudor frio corria por sus sienes. Como todos los que velan á los muertos, estaba dominado de alucinaciones extrañas: creia ver que Lucila abría los párpados y los labios, y que extendía la mano; la observaba con inquietud y prestaba atento oído como si fuese á hablar. El viento que zumbaba por los corredores, el grito de las aves nocturnas y el perro que ladraba y arañaba la puerta del cuarto de su ama, aumentaban el ruido de aquella escena lúgubre. Para tranquilizarse y cobrar ánimo, Federico se volvía de cuando en cuando hácia el cura, que continuaba de rodillas y en oracion. La vista del piadoso anciano renovaba sus fuerzas. Sin embargo, hu-

bo un momento en que no pudiendo ya contenerse, Federico se levantó como para sustraerse del vértigo de sus pensamientos. Abrió un balcon, dió algunos pasos por él, y el aire frio de la noche le calmó un poco: antes de volver á emprender su obra, permaneció largo tiempo absorto en una contemplacion dolorosa.

—¡Pobre niña! decia para sí siguiendo el curso de su ilusion, ¿qué es lo que ha venido á hacer aquí abajo? ¿Se la debe compadecer ó envidiar? Has atravesado la vida sin mezclarte en ella, sin ser acometida por nuestros dolores y sin conocer nuestras imperfectas alegrías; acabas de entregar á Dios, que nos ha de juzgar, tu alma tan cándida y tan pura como la recibiste de sus manos.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## SECCION INFANTIL.

### CORONA DE LA INFANCIA.

#### EL VELO BLANCO.

(Continuación.)

—Lo mismo, Luisa mia, que te he dicho hasta aquí, te repito de los otros mandamientos, leyes supremas del mismo Dios.

Además, es preciso que examines si has cumplido rectamente tus deberes particulares; si por pereza ó indolencia no socorriste al mendigo; si no fuiste obediente y sumisa, humilde y modesta, estudiosa y trabajadora.

Y cuando á la luz de la razon hayas leído en tu conciencia una á una todas tus faltas, cuando sientas en tu alma un profundo pesar de haberlas cometido, y una resolucion cierta de no incurrir más en ellas; cuando postrada ante el ministro del Señor recibas por su mano la bendicion de todo un Dios, entonces, hija mia, considérate la más feliz de la tierra, pues te asemejas á los ángeles y vas, aventajándoles á ellos, á ser templo, altar y santuario del Señor.

—Con que en diciendo todas mis faltas me las perdonará el sacerdote, ¿es verdad?

—Sí, ¿quién lo duda?

—Y será lo mismo que si jamás las hubiese cometido?

—Eso es.

—Que alegría!

—Sí, Luisita, la mayor de las que pueden inundar tu corazon, porque es una alegría santa y celestial, que en nada se parece á las amargas, pasajeras y fugaces de la tierra.



—Y teniendo á Dios en mi pecho, oirá cuanto yo le pida?

—Bastará con que en tu corazón formes un deseo para que él lo adivine y lo comprenda.

—¿Y accederá á mis súplicas?

—Solo anhela que en todas nuestras necesidades acudamos á Él.

—Entonces, mañana en la iglesia le pediré un traje azul igual al de Julia mi prima, y una muñeca tan grande como la de Vicenta.

—Veo con sentimiento, Luisa mia, que lejos de pensar en lo grande del acto en que vas á tomar parte, ocupas tu imaginación en frivolidades, y das entrada en tu alma, en instantes tan solemnes, á dos malas pasiones, queriendo asociar al mismo Dios á ellas.

—Dos malas pasiones!

—Sí.

—Oh!... yo ignoro...

—Lo sé, en tu inexperiencia no piensas en ello; por eso estoy yo aquí para esclarecer tus dudas y ayudar tu pensamiento.

—Dígame V...

—Al desear un vestido como el de Julia obedeces á un sentimiento de vanidad; los padres de esa niña son ricos y tú quieres igualarte á ella; deseas poseer un traje igual, y no ser menos que tu prima: ¡ay! hija mia, el ambicionar las galas de otras es un instinto de vanidad y un anhelo del amor propio. En cuanto á la muñeca de Vicenta, veo que tienes envidia de ella cuando al ir á pedir á Dios un favor solo te fijas en objetos tan triviales y que á tan poca costa se consiguen. Lo que está en la mano de los hombres, ¿qué vale, Luisa mia, ante los dones que están en la mano de Dios?

—Perdone V. si he hecho mal, yo pensé...

—Cuando los tesoros celestiales estén abiertos ante ti, cuando Dios more en tu pecho, cuando la misericordia divina solo espere una palabra, una súplica para descender sobre tí, no te acuerdes, Luisa mia, de la pequeñez de la vida; pide solo virtud, santidad, inocencia; pídele á Dios su amor, con el cual se adquiere un cielo, con el cual se gana una eternidad.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## VARIEDADES.

### EL PEZ VOLADOR.

En el mes de Mayo y en todo el rigor de la estación de las lluvias, grandes árboles se desarraigan de la ribera y caen á los ríos que desembocan en la bahía de Panamá. Arrastrados por las corrientes entran al

mar llevando no pocas veces entre sus ramas culebras y huevos de lagarto en las hendiduras de la corteza. Multitud de semillas pasan también así del continente á las islas. Grandes troncos de palmeras, cañas, toda suerte de plantas exógenas y endógenas van por la corriente. Los troncos más gruesos llegan á ser un seguro lugar de descanso para los pelicanos, gaviotas y pájaros bobos. Los no acostumbrados á ver estos grandes cuerpos flotando en el mar, los toman por botes con hombres dentro. Estas ruinas vegetales de tantas especies y tamaños, una vez en la bahía, son llevadas por las corrientes meridionales á las islas y á la misma Panamá. Los árboles más corpulentos encallan en las rocas y allí quedan por mucho tiempo secándose al sol. Las más largas cañas forman una especie de tejido que pronto se ve tachonado de almejas. Luego las cañas son arrojadas á la ribera por la marea y las almejas extienden sus brazos ensortijados y delgados como si dijera desesperadamente: ¡agua! ¡agua!

Por el poder disolvente del mar las ramas de los árboles son desmenuzadas y las partículas ligeras van á dar á los remolinos que se forman en las ensenadas más resguardadas. Mariposas y algunos otros insectos revuelan en torno de estos deshechos vegetales, y mezclados con los despojos se encuentra un pececillo que no puede ser distinguido, en medio de las menudas partes de la madera de los árboles, sino por un ojo ejercitado. Son animales curiosísimos, y nosotros no los vimos en Taboga sino porque un niño nos los señaló, para probarnos que eran animales vivos y no pedacillos de corteza. El niño metió la mano vivamente y cogió uno de estos pececillos y dijo que era un volador. La corteza se transformó á nuestros ojos en un hermoso animalito; parecía más bien una polilla que un viviente marino, dotado de mucha agilidad. Este insecto, tan parecido á un pez, es de una pulgada de largo, su cuerpecillo es redondo, pero va adelgazándose de la cabeza á la otra extremidad; tiene muchos colores y ojos prominentes, pero su fación peculiar es la de las aletas que tienen el aspecto de alas; la pectoral es muy ancha y termina en punta; las de la extremidad inferior son de forma redonda y de color negro como las otras. Siempre que tratamos de coger uno de estos animalitos en la red, saltaba fuera del agua, y rasando su superficie iba á dar á considerable distancia. En las aletas tiene una espue'ita y dos más rojas en la cabeza. Su cola es blanca y ahorquillada, y en el cuerpo tiene manchas de color oscuro. Este pez pertenece al género de los gobios. Nosotros los volvimos á ver en el mes de Octubre, que es allí el mes más lluvioso del año. Pusimos algunos de estos animalitos en un poco de agua de mar dentro de una copa, pero los encontramos muertos al otro día por la mañana. Las medusas, nos dijeron los niños nativos, les habían dado muerte.

Tales son los peces que van siempre con los despojos vegetales de que hemos hablado. Sabemos de donde proceden estos últimos, pero cuándo y en dónde se unen á ellos los voladores y qué viene á ser de estos peces cuando los vientos arrojan á las costas hojas y madera convertidas en menudos pedazos, no lo hemos podido averiguar.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO,

Plaza de Ayuntamiento, 15.